

La crisis, el mercado y Keynes

Francisco R. Calderón



La grave crisis inmobiliaria y financiera que ha estallado en Estados Unidos ha contagiado, en mayor o menor grado, a las economías de las naciones de todo el mundo y amenaza en convertirse en una larga recesión que probablemente ya se inició; la misma gravedad de esta crisis que ha sembrado la desconfianza, temor y pesimismo en la mayor parte de los habitantes del globo, paradójicamente ha provocado regocijo en el grupo de marxistas sobrevivientes (todavía los hay) que ven en ella la aparición de las condiciones para la revolución mundial predichas por su venerado profeta.

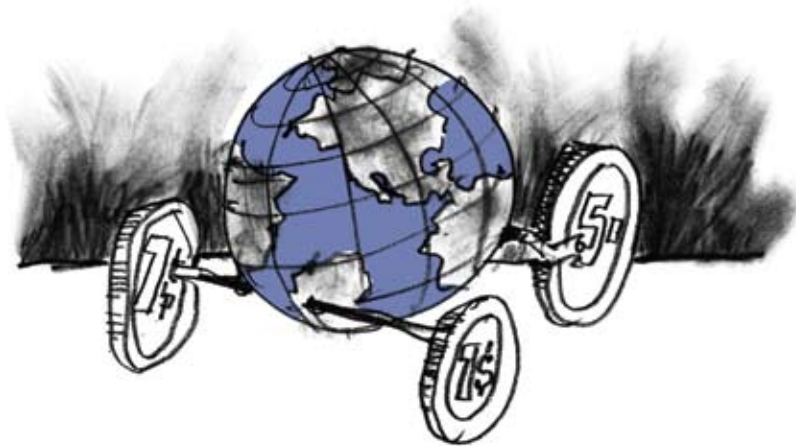
Igual alegría se ha despertado en los países iberoamericanos entre la numerosa falange de candidatos a dirigir la vida económica desde los puestos burocráticos ya que se ha demostrado, ¡por fin!, que la economía de mercado es ineficiente y que es necesaria la intervención del gobierno en ella con tanta extensión cuanta mayor sea su ansia intervencionista; para darle respetabilidad a su posición se cubren todos ellos bajo el manto protector del keynesianismo, doctrina que compartió con el marxismo, la mayor popularidad en buena parte del siglo XX .

Últimamente las doctrinas de John Maynard Keynes parecían muertas, o cuando menos moribundas, hasta que la actual crisis las ha vuelto a poner de moda, lo cual no es del todo ilógico porque parecería que fueron elaboradas *ad hoc* para resolver los problemas derivados de una gran recesión, a pesar de que su autor denominó a la suya una “Teoría general del empleo, el interés y el dinero”; en efecto este importante libro fue elaborado durante la depresión que azotó al mundo durante el período 1929-1934 y sus recomendaciones tuvieron un éxito espectacular. Vale la pena pues repasar en forma muy sintética el razonamiento keynesiano:

No todo lo que se produce crea su propio mercado, como quería Juan Bautista Say, sino que la gente tiene una alta propensión a ahorrar que aumenta más que proporcionalmente con el incremento de sus ingresos; ahora bien, mientras aumenta el consumo en cifras absolutas se generan inversiones que provocan nuevos aumentos de los ingresos y por tanto un aumento todavía más alto del ahorro, generándose así una sobreproducción creciente hasta que ya no es económico producir más; cesan las inversiones, cierran fábricas y se generaliza el desempleo dándose el caso paradójico de que existe una gran capacidad productiva instalada pero las fábricas están cerradas y las bodegas están plétóricas de mercancías que todo el mundo necesita pero que nadie tiene recursos para comprarlas.

Para resolver esta recesión producto del subconsumo y falta de liquidez Keynes propone las siguientes políticas:

1. Una más equitativa distribución del ingreso. En virtud de que los ricos consumen proporcionalmente menos de su alto ingreso que los pobres cuyos recursos sobrantes son muy escasos o nulos después de satisfacer sus necesidades primarias es necesaria una redistribución del ingreso para disminuir la propensión general a ahorrar para crear demanda y equilibrarla con la oferta.
2. Disminuir la tasa de interés. De esta manera se abarata



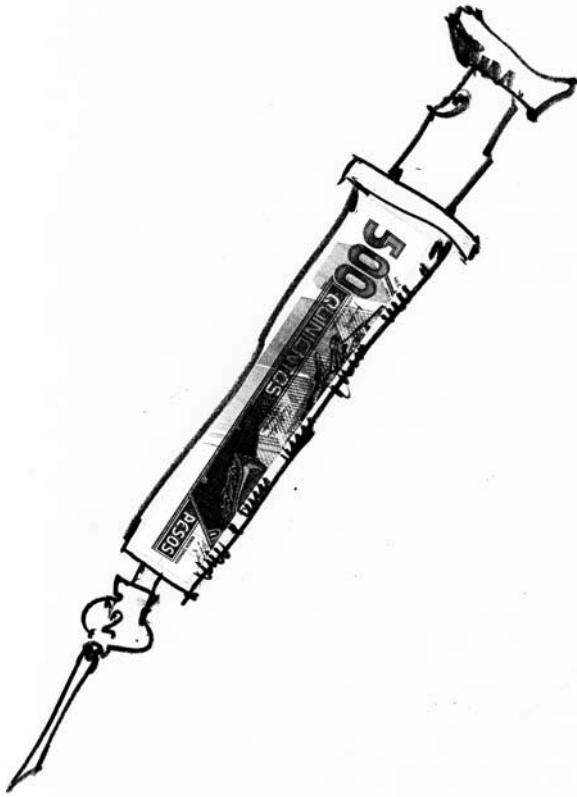
el uso del dinero y se promueve la creación de nuevas inversiones.

3. El aumento del circulante monetario. Se autoriza al banco central a emitir dinero fresco y se da así mayor liquidez y por consiguiente se incrementa la demanda.
4. Una política fiscal expansiva preferentemente en obras públicas de lenta recuperación.
5. Mantener el proteccionismo. Al contar con un mercado cautivo los inversionistas establecerán nuevas empresas y crearán empleos.

La aplicación de estas recetas tuvo un éxito espectacular. Franklin D. Roosevelt lanzó su

New Deal que con gasto deficitario construyó grandes presas como las del Valle de Tennessee o la de Hoover, dio principio al estado benefactor y emprendió un ambicioso programa de reforestación; el régimen nazi, por su parte, construyó la red de autopistas y rearmó a Alemania en contravención a lo estipulado por el Tratado de Versalles.

El éxito de estas políticas fue espectacular al restaurar el empleo y la producción en los países desarrollados paralizados por la Gran Depresión de 1929-1934 aunque no han faltado críticos que sostienen que la recesión sólo redujo su gravedad y que desapareció por



completo hasta el estallido de la segunda guerra mundial y aún otros que aseguran que la recesión tuvo tan larga duración precisamente por la instrumentación de las políticas keynesianas, lo cual es sumamente discutible.

De todas formas el éxito de Keynes fue tal que sus teorías pasaron a ser la biblia económica en todos los países aún en los del Tercer Mundo (subdesarrollados y en vías de desarrollo) que las aplicaron para salir de la pobreza, fracasando en todos los casos. Las razones de este fracaso generalizado son múltiples y entre ellas se pueden citar las siguientes:

- a. En los países en vías de de-

sarrollo la propensión al ahorro es tanto más baja cuanto mayor es su pobreza

- b. Carecen de los recursos financieros suficientes para invertir en la cantidad necesaria y dependen en buena medida de la inversión extranjera
- c. La mayor equidad en la distribución del ingreso no se puede lograr mediante un alza de las tasas del Impuesto sobre la Renta porque se disuade la inversión
- d. No tienen una capacidad instalada que se vaya a reanimar con una inyección de circulante monetario
- e. En esas circunstancias un gasto público deficitario provoca inflación, concentra el

ingreso en perjuicio de los asalariados e incrementa la deuda gubernamental

- f. Es frecuente que se produzca mala asignación de recursos y despilfarro porque los proyectos de inversión no son de lenta sino de nula recuperación
- g. El proteccionismo hace que las empresas locales al contar con un mercado cautivo descuiden sus costos, no sean competitivas internacionalmente y se conviertan en monopolios u oligopolios dentro del mercado interno, todo ello en perjuicio de los consumidores. Además las inversiones que se atraen únicamente se dirigen al mercado doméstico, no gozan de economías de escala y no utilizan tecnologías de punta.

A pesar de ello en América Latina surgió un gran defensor del proteccionismo en la persona del economista poskeynesiano argentino Raúl Prebisch, Secretario General que fue de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), quien sostenía que existe un deterioro secular de los términos de intercambio en perjuicio de los países en vías de desarrollo ya que los precios de las materias primas que exportan tienden a bajar a lo largo del tiempo mientras que suben los de los artículos manufacturados que importan.

La realidad ha contradicho a la teoría: por ejemplo, la India es exportadora de servi-

cios de alta tecnología y México de productos manufacturados, además muchas veces se invierten los términos de intercambio como ahora en que los alimentos o el petróleo experimentan aumentos superiores a los de los productos manufacturados. Esto viene a cuento porque no faltará algún globalifóbico que proponga volver al proteccionismo como un recurso para poner a México a cubierto de la recesión mundial.

Queda claro que la doctrina keynesiana no es aplicable en todos los casos y menos para promover el desarrollo de los países atrasados; parecería que el gran error de Keynes fue haber llamado general a su teoría. Ahora falta por ver si el keynesianismo que ya probó su utilidad para solucionar la crisis y recesión de 1929-1934 es adecuado para enfrentarse a la crisis y probable recesión de 2008-2009, para ello hay que recordar cuál ha sido el origen de ésta última.

Su inicio se remonta al atentado contra las torres gemelas y el Pentágono con su cauda de temor del pueblo estadounidense que produjo la contracción de las inversiones y la reacción de la Reserva Federal de reducir considerablemente las tasas de interés con el objeto de estimular la economía. Esta medida trajo consigo el abaratamiento del crédito y una mayor liquidez; como consecuencia se crearon nuevas empresas y se expandieron las

existentes, aumentó el empleo y el ingreso de las familias; éstas a su vez consideraron que había llegado el momento de adquirir casa propia y solicitaron hipotecas.

La demanda de créditos y los bancos concedieron hipotecas con cada vez más riesgo; el aumento de la demanda de casas hizo que sus precios se fueran elevando con lo que las garantías que se ofrecían a los acreedores hipotecarios se fueron convirtiendo en ilusorias, al mismo tiempo que los bancos hipotecarios recurrían a los bancos comerciales mayores con el propósito de hacerse de fondos para otorgar más hipotecas. Todo ello se basó en la ilusión de un auge sostenido; como éste no se dio los deudores fueron incumpliendo el pago de sus hipotecas empezando por los más débiles hasta llegar a muchos supuestamente fuertes.

Gradualmente se fueron declarando insolventes las hipotecarias hasta llegar a las más poderosas como Fanny Mae y Freddy Mac para después suceder lo mismo a algunos grandes bancos y aseguradoras como Lehman Brothers y AIG. La confianza se desplomó, las inversiones fueron pospuestas así como las compras por las familias de bienes de consumo duradero lo que agravó la crisis al provocar un aumento del desempleo.

Ante esta situación el gobierno de los Estados Unidos

ha lanzado un programa de rescate que después de forcejeos ha sido aprobado por el Congreso que suma la cifra astronómica de 850 mil millones de dólares divididos en una partida de 50 mil millones en exenciones fiscales para las empresas y contribuyentes que adquieran warrants o acciones de los bancos rescatados, otros 100 mil millones para elevar el monto del aseguramiento a los depósitos bancarios, 250 mil millones más para que el gobierno compre deudas de difícil recuperación; 100 mil millones extra si el Departamento del Tesoro lo demanda y los 350 mil restantes quedan disponibles por si los anteriores no resultan suficientes. La magnitud de la crisis hace suponer que será necesario disponer de la totalidad de esos fondos y quizá aún más, pero ciertamente el programa de rescate servirá para atenuar la gravedad y la duración de la recesión.

Las políticas keynesianas no encajan sino parcialmente en la solución de la actual crisis. Ésta se originó por la política de la Fed que abatió las tasas de interés y provocó un exceso de liquidez y no por su falta, la solución no consiste pues en inyectar dinero al circulante ni con obras públicas de lenta recuperación ni con una extensión del estado beneficencia y tampoco consiste en bajar las tasas de interés porque éstas ya están en su nivel mínimo. También contribuyó a causar la presente si-

tuación el que los bancos se hayan aventurado a otorgar créditos sin garantías suficientes debido a su deseo de obtener mayores utilidades que las que les permitían las pequeñas tasas de interés. Por ello el paquete de rescate se propone evitar el estancamiento del crédito y, salvar a los bancos y al resto del sistema financiero, no a fortalecer la demanda ni a ayudar a los deudores hipotecarios; nada más diferente de la depresión de los treinta y del New Deal.

Aparentemente México está blindado para resistir el impacto de la crisis internacional; a principios de octubre sus reservas internacionales superaban los 80 mil millones de dólares, sus finanzas públicas están equilibradas, su deuda pública externa es manejable, su inflación es la más baja e América Latina, tiene un importante superávit en su balanza comercial con Estados Unidos y un relativamente bajo déficit con el mundo entero compensado en gran parte por los inlfujos de las remesas de emigrantes y de las inversiones extranjeras.

No obstante lo anterior es indudable que la crisis internacional tiene efectos negativos en la economía mexicana por varios factores: la presumible disminución de las exportaciones a Estados Unidos principalmente en el renglón de vehículos y sus partes, el descenso del turismo y la reducción de las remesas de emi-

grantes; a lo anterior se suma la baja del precio de la mezcla mexicana del petróleo cuyo origen no puede atribuirse mas que indirectamente a la crisis inmobiliaria estadounidense. Todo ello ha provocado un estado de desconfianza cuyos efectos más notables han sido una presión contra el tipo de cambio peso-dólar y un retiro de 16,355 millones de pesos en las tenencias de Cetes propiedad de extranjeros, lo que resulta increíble dada la diferencia de tasas de interés entre México y Estados Unidos.

Las medidas que sí ha tomado el gobierno de México para paliar el impacto de la crisis han sido dos: la venta masiva de dólares de la reserva internacional y la solicitud de autorización de un presupuesto deficitario en 2009. El Banco de México, cuyas reservas al final de septiembre eran de 84,116 millones, ha subastado 11,200 millones en las primeras dos semanas de octubre con lo que debían quedarle 72,916 millones al 17 de octubre, sin embargo a esa fecha la reserva ascendía a 78,655 millones lo que significa que siguen entrando dólares a pesar de la crisis.

A pesar de la fuerte venta de divisas todavía no ha podido estabilizarse el tipo de cambio cuya cotización ascendió a 13.12 pesos por dólar el 21 de octubre, pero parece factible que esté llegando a su techo porque la misma alta cotización disuadirá a la compra de

dólares y porque seguirá siendo atractiva la inversión en pesos dada la alta tasa de interés en México. La intervención del banco central en el mercado cambiario cumple con su objetivo de evitar la inflación y mantener el poder adquisitivo de la moneda sin salirse de los parámetros más estrictos de la economía de mercado.

Por último, en lo que respecta a la aprobación de un déficit presupuestal de hasta un 1.9 por ciento del PIB ciertamente no responde a la política de expandir la demanda según la receta keynesiana sino a la reducción prevista de la recaudación fiscal por los menores ingresos de los precios del petróleo, remesas de emigrantes, baja en las exportaciones y el turismo, así como de la reducción de la participación de Pemex en los ingresos del gobierno federal. Es de desearse que al mismo tiempo se contraigan en lo posible los gastos corrientes de personal y administración. **B**

